

sideren como una carga pesada. ¡Oh! Yo les demostraré que sé morir luchando, ó vencer para ofrecerles el triunfo.

Animado por estos pensamientos escuchó sin oírlos algunos chascarrillos que le contó el tío Picos pardos, y al fin llegaron los dos á Salamanca.

Hospedóse Hernan Cortés en un meson, á cuyo dueño conocia el arriero; se lo recomendó eficazmente y se despidió del jóven, ofreciendo á su vuelta pasar ántes por casa de sus padres para ver si, como era regular, le enviaban con él algunos ducados,

Las impresiones que recibió Hernan Cortés en aquella ciudad, emporio de la ciencia, contribuyeren á su trasformacion.

Pero el espíritu se desarrollaba con detrimento de la materia.

El alma devoraba al cuerpo.

CAPITULO XXI.

El amor, el juego y las armas.



UVENTUD es sinónimo de pasión.

Cuando el hombre llega á esa edad en que sus facultades se desarrollan por completo, en que no solo ve, sino que quiere comprender los objetos que le rodean, en que la vida es para él un espacio que tiene que recorrer con rapidez eléctrica, las ideas se despiertan en su mente, son patrimonio de su alma, y toman el carácter de pasiones.

La primera impresion que recibió el jóven estudiante en Salamanca, fué la que dió direccion á su conducta.

Acababa de salir de una casa en donde la tristeza de sus padres habia entumecido su inteligencia.

Se hallaba libre en medio de una gran poblacion, foco de luz y de alegría en aquella época.

Una inmensa, y para él desconocida animacion, reinaba en todas partes.

Deseaba tomar parte en aquel torneo del saber y de la galantería, y desde el primer momento comprendió que le faltaban alas para volar por aquel luminoso espacio.

A la tristeza, á la pena continua é inexplicable que experimentaba, sucedió en su corazon la codicia.

Disculpábase á sí propio en la necesidad que tenia de hacer felices á sus padres.

Pero la verdad era que la ambicion que nació y se desarrolló

rápidamente en su corazón, obedecía más á un sentimiento de egoísmo que á un sentimiento de amor filial.

La idea de ser rico, de poder adquirir con las riquezas los goces que otros disfrutaban al lado suyo, le dominó por completo.

Esta idea no tardó en convertirse en pasión, y dominó á todas las demás ideas que podían cruzar por su mente.

¿Qué era el amor con todas sus felicidades y sus triunfos al lado del poderío que daba la riqueza?

¿Qué era el saber?

¿Qué la veneración que consigue el maestro de los discípulos al lado de los medios de realizar todos los caprichos de una imaginación calenturienta?

Hospedábanse en el mismo meson que él dos estudiantes del reino de Valencia, y como era natural, trabaron amistad desde el primer momento con la franqueza peculiar de los jóvenes, y mucho más de los estudiantes.

Ponderaba uno de ellos, llamado Carlos de Osorio, las excelencias del amor.

Elogiaba otro, llamado Vicente Finat, las emociones del juego.

En la primera entrevista se dieron á conocer al recién llegado. —Vereis en Salamanca las mujeres más bellas de Castilla, dijo Carlos al joven.

—Vereis cómo se juega aquí más que en ninguna parte, añadió Vicente.

—Sobre todo, lo mejor que hay que hacer es proponerse no estudiar, no ir á las aulas más que de tarde en tarde.

—Así es como se pasa mejor el tiempo.

—Tomar parte en las riñas.

—Aprender á tirar los dados para que salga el punto que convenga.

—En una palabra, si aceptais nuestra amistad, lo pasareis muy bien, y si al fin y al cabo no salís hecho un licenciado en

jurisprudencia ó en medicina, os hareis un doctor en picardías.

Por naturaleza rechazaba Hernan Cortés los goces que le brindaban.

Pero no podía negarse á ser emigo de aquellos jóvenes, y se resolvió á cumplir con ellos, nada más que á cumplir.

Sacáronle á pasear por la ciudad para que viera las calles en donde vivían las mujeres más hermosas, y donde existían las hosterías de más empuje para el juego, procurando cada cual infiltrar en su alma la afición que le dominaba.

Vicente llevó á Hernan Cortés á la *Hostería del Ahorcado*, porque en ella se jugaba fuerte, y era el punto de reunión de todos los jugadores de fama.

Aquella impresión dejó hondas huellas en su alma.

Asistía, al parecer, impávido á aquel continuo cambio de monedas.

Veía la alegría en los ojos del que ganaba, y la desesperación en los del que perdía su última dobla.

Aquella noche conoció á la fortuna, y la amó desde entonces y con delirio.

No se atrevió, sin embargo, á jugar.

Pero al día siguiente buscó á Finat para que le llevara al juego.

Dos noches le habían transformado.

Tampoco se atrevió á jugar en la segunda.

Pero Vicente tenía en la posada dados, y el joven pasó algunos días aprendiendo á jugar para arriesgar alguna de sus escasas monedas.

Al mismo tiempo Carlos hacía que le acompañase á sus aventuras amorosas.

Necesitaba despertar en él el culto que ofrecía á las mujeres.

La pasión le hizo buscar con más frecuencia la compañía de Vicente.

Pero esto no fué obstáculo para que una dama á quien servía

Cárlos de Osorio, se prendase de él é hiciese lo posible para obtener su afecto.

El jóven estudiante no lo notó siquiera.

Su amigo sí, y aunque estaba seguro de que no habia faltado á la lealtad su compañero, estaba desesperado porque notaba desdenes en su amada al mismo tiempo que su solicitud en favor de Hernan Cortés.

Más de un mes trascurrió, y una noche, hallándose presente Hernan Cortés, se suscitó una pendencia entre los jugadores.

Los dos eran valientes, y convinieron en arreglar su asunto por medio de las armas.

Eran los contendientes militares.

Uno de ellos, aunque no conocia á Hernan:

—Jóven, le dijo, permitidme que os exija un favor.

—Hablad.

—Apadrinadme en este duelo.

—Estoy á vuestras órdenes.

En aquellos tiempos no pasaban los que tenian que batirse una ó dos noches en blanco, ni aunque fueran ricos se molestaban en hacer testamento, porque los lances de honor se improvisaban.

Ofendia uno á otro, y no lograban los mediadores establecer la paz: por regla general sacaban las espadas los contendientes y se despachaban á su gusto.

Otras veces, muy pocas, amparándose con padrinos, iban á una callejuela sin salida ó á alguna alameda y allí lavaba la sangre su honra manchada.

Hernan Cortés no conocia toda la importancia de la mision que desempeñaba.

Los adversarios llegaron á un callejon sin salida, desenvainaron las espadas y se pusieron en guardia.

El adversario del protegido de Hernan Cortés y su padrino, se habian puesto de acuerdo.

Aprovechando la oscuridad de la noche, cayeron como fieras sobre su enemigo, y gracias á la sorpresa, lograron herirle en el brazo derecho, imposibilitándole de manejar la espada.

Hernan Cortés que comprendió la infamia que acababan de cometer, desenvainó la espada, y arremetiendo contra los dos miserebles, logró ponerlos en fuga, hiriendo gravemente á uno de ellos.

Al ruido de las espadas acudió la justicia, pero al mismo tiempo que entraban por la boca del callejon se abria el postigo de una puerta, y llamados por una mujer, entraron en una casa el herido y su noble padrino, burlando de este modo la vigilancia de la santa Hermandad.

Cuando la justicia desapareció, la misma mujer que habia abierto el postigo, dirigiéndose á los dos hombres á quienes habia salvado:

—Ya podeis estar tranquilos. En cuanto á vos, añadió dirigiéndose á Hernan Cortés, sabed que debeis esta gracia á doña Leonor de Quiñones, que os estima mucho.

La mujer que así hablaba era una dueña.

La dama á quien habia nombrado era la que galanteaba Cárlos de Osorio, y por la misma razon de que no habia hecho caso de ella el jóven Hernan, habia puesto sus ojos en él.

Estas dos coincidencias determinaron para el porvenir el carácter de nuestro protagonista.

Osorio hizo los mayores esfuerzos para que su compañero despreciase á Leonor.

El militar á quien habia salvado de la muerte completó la obra del amante celoso.

Vamos á ver de qué manera.